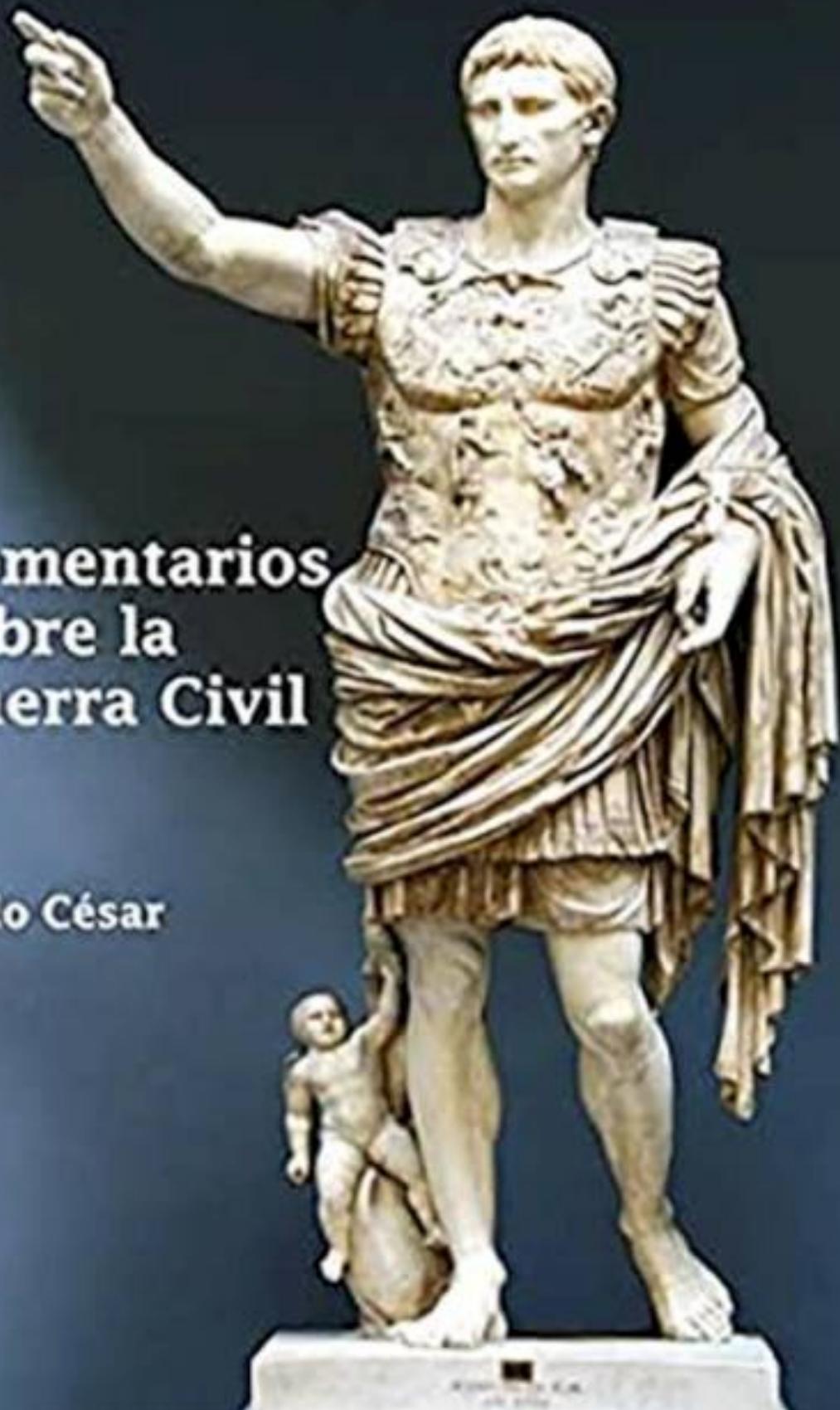


**Comentarios  
sobre la  
Guerra Civil**

**Julio César**



«Comentarios sobre la guerra civil» es un texto de Julio César dónde este relata las operaciones militares y vicisitudes políticas acaecidas durante la segunda guerra civil de la República romana, de las cuales salió vencedor.

Se trata de un texto fundamental para entender la guerra civil que dio fin a la República romana y dio comienzo a la época imperial romana.

## LIBRO PRIMERO

I. Después que Fabio entregó a los cónsules la carta de Cayo César, costó mucho recabar de éstos el que se leyese en el Senado, aun mediando para ello las mayores instancias de los tribunos del pueblo, pero nada bastó para reducirlos a que hicieran la propuesta al tenor de su contenido; y así sólo propusieron lo tocante a la República. Lucio Lentulo, uno de los cónsules, promete no desamparar al Senado y a la República, como quieran votar con resolución y entereza; pero si tiran a contemplar a César y congraciarse con él, como lo han hecho hasta ahora, tomará por sí solo su partido, sin atender a la autoridad del Senado, que también él sabrá granjearse la gracia y amistad de César. Escipión se explica en los mismos términos, afirmando que Pompeyo está resuelto a no abandonar la República si encuentra apoyo en el Senado; pero que si éste se muestra irresoluto y blanda, después, aunque quiera, en balde implorará su ayuda.

II. Esta proposición, como se tenía el Senado en Roma, estando Pompeyo a sus puertas, parecía salir de la boca del mismo Pompeyo. Algún otro dio parecer más moderado; tal fue, primero el de Marco Marcelo, que se esforzó en persuadir que no se debía tratar en el Senado lo concerniente a la República antes que se hiciesen levas por toda Italia y estuviesen armados los ejércitos, con cuyo resguardo pudiese el Senado segura y libremente decretar lo que mejor le pareciese; tal el de Marco Calidio, que insistía en

que Pompeyo fuese a sus provincias para quitar toda ocasión de rompimiento; que César se recelaba de que Pompeyo en haberle sonsacado las dos legiones no tuvo más mira que servirse de ellas contra su persona, y tener estas fuerzas a su disposición en Roma; tal es el fin de Marco Rufo, que con alguna diferencia de palabras convenía en la sustancia con Calidio. Se opuso violentamente a estos tres Lucio Lentulo, y se cerró en que no había de proponer el voto de Calidio. Así Marcelo, aterrado con los baldones, abandonó su parecer, y así violentados los más por la desatención del cónsul, terror del ejército presente, y amenazas de los amigos de Pompeyo, siguen mal de su grado la sentencia de Escipión: «que dentro de cierto término deje César el ejército; donde no, se le declare por enemigo de la República». Opónense Marco Antonio y Quinto Casio, tribunos del pueblo, Pónese al punto en consejo la protesta; dictanse sentencias violentas. Quien acertó a explicarse con más desabrimiento y rigor, ése se lleva mayores aplausos de los enemigos de César.

III. Despedido por la tarde el Senado, llama Pompeyo a todos los senadores. Alaba el ardor de los unos, y los confirma para en adelante; vitupera la tibieza de otros, y los estimula. Muchos soldados veteranos de Pompeyo son convidados de todas partes con premios y ascensos, y muchos son llamados de las dos legiones entregadas por César. Llénase Roma de ellos. Cayo Curión exhorta a los tribunos del pueblo a mantener el derecho de las Cortes. Todos los amigos de los cónsules, los deudos de Pompeyo y de los enemistados con César entran en el Senado. A sus voces y concurso los cobardes se amedrentan, afiánzase los vacilantes, si bien la mayor parte queda privada de votar libremente. Ofrécese el censor Lucio Pisón con el pretor Lucio Roscio a ir a César e informarle de todo, a cuyo fin piden seis días de término. Hubo dictámenes sobre que se despa-

chasen diputados a César, que le declarasen la voluntad del Senado.

IV. A todos éstos se contradice, oponiendo a su dictamen el voto del cónsul, Escipión y Catón. A Catón mueve en todo esto su enemistad antigua con César y el escozor de la repulsa; a Lentulo sus muchas deudas y la expectativa de mandar ejércitos y provincias, y los gajes por los títulos de reyes, jactándose entre los suyos que ha de ser otro Sila y ha de mandarlo todo. A Escipión le incita igual esperanza de alguna intendencia de provincia y generalato de los ejércitos, persuadido a que Pompeyo los partiría con él por razón del parentesco; no le aguija menos el temor de las pesquisas, la adulación y la vanidad así propia como de los poderosos, que a la sazón eran dueños de la República y de los tribunales. Pompeyo, inducido por los enemigos de César, y por no sufrir otro igual en dignidad, había totalmente renunciado a su amistad y reconciliándose con los enemigos de ambos a dos, siendo así que la mayor parte de éstos se los había conciliado él mismo, allá cuando emparentaron. Sonrojado también de la infamia en quedarse con las dos legiones destinadas al Asia y Siria, por sostener su potencia y predominio, estaba empeñado en decidir el negocio por las armas.

V. Por estas causas todo se trata desatinada y tumultuariamente; ni se da tiempo a los parientes de César para informarle de lo que pasa, ni a los tribunos se les permite mirar por su seguridad, ni siquiera mantener el derecho de protestar, último recurso que Lucio Sila les había dejado; sino que al séptimo día se ven obligados a pensar en su seguridad, cuando en tiempos atrás los tribunos más sediciosos no solían temer hasta el mes octavo la residencia. Recúrrase a aquel último decreto del Senado, que antes jamás

llegó a promulgarse, por atrevidos que fuesen los promulgadores, sino en los mayores desastres de Roma y en casos del todo desesperados, cuyo tenor es: «Velen los cónsules, los pretores, los tribunos del pueblo y los procónsules de la jurisdicción de Roma, porque la República no padezca menoscabo». Estos edictos se publican a 7 de enero. Por manera, que a los cinco días en que pudo haber Senado, después que Lentulo comenzó su consulado, no contando los dos de audiencia pública, se firman los decretos más violentos y rigurosos contra el imperio de César y contra los tribunos, sujetos de la mayor representación. Éstos huyen al punto de Roma, y se refugian junto a César, el cual estaba entonces en Ravena, esperando respuesta a sus muy equitativas proposiciones, por ver si se daba algún corte razonable con que se pudiesen ajustar en paz las diferencias.

VI. Pocos días después se tiene Senado fuera de Roma. Pompeyo confirma lo mismo que por boca de Escipión había declarado; alaba el valor y la constancia del Senado; hace alarde de sus fuerzas, diciendo que tiene a su mando diez legiones; que por otra parte sabe por cierto que la tropa está disgustada de César, y no es posible reducirla a que se ponga de su parte y le siga. En orden a los otros puntos se propone al Senado que se hagan levas por toda Italia; que Fausto Sila vaya en calidad de pretor a Mauritania; que se dé a Pompeyo dinero del erario. Propónese también acerca del rey Juba que sea reconocido por aliado y amigo; pero Marcelo dice no lo permitirá en las circunstancias. En lo tocante a Fausto, se opone el tribuno Filipo. Sobre los demás negocios se forman decretos del Senado. Destíñanse las intendencias de provincia para sujetos sin carácter; dos de ellas consulares, las otras pretorias. A Escipión tocó la Siria; la Galia a Lucio Domicio. Filipo y Marcelo, por manejo de algunos particulares, no son puestos en lista, ni entran en suertes. A las demás provincias envíanse

pretores, sin esperar a que, según práctica, se dé parte de su elección al pueblo, y vestidos de ceremonia, ofrecidos sus votos, se pongan en camino. Los cónsules, cosa hasta entonces nunca vista, se salen de Roma; y los particulares van por la ciudad y al capitolio con maceros contra toda costumbre. Por toda Italia se alista gente; se manda contribuir con armas; se saca dinero de las ciudades exentas, y se roba de los templos, atropellando por todos los fueros divinos y humanos.

VII. Recibidas estas noticias, César, convocando a sus soldados, cuenta los agravios que en todos tiempos le han hecho sus enemigos; de quienes se queja que por envidia y celosos de su gloria hayan apartado de su amistad y maleado a Pompeyo, cuya honra y dignidad había él siempre procurado y promovido. Quéjase del nuevo mal ejemplo introducido en la República, con haber abolido de mano armada el fuero de los tribunos, que los años pasados se había restablecido; que Sila, puesto que los despojó de toda su autoridad, les dejó por lo menos el derecho de protestar libremente; Pompeyo, que parecía haberlo restituido, les ha quitado aun los privilegios que antes gozaban; cuantas veces se ha decretado que «velasen los magistrados sobre que la República no padeciese daño» (voz y decreto con que se alarma el Pueblo Romano) fue por la promulgación de leyes perniciosas, con ocasión de la violencia de los tribunos, de la sublevación del pueblo, apoderado de los templos y collados; escándalos añejos purgados ya con los escarmientos de Saturnino y de los Gracos; ahora nada se ha hecho ni aun pensado de tales cosas; ninguna ley se ha promulgado; no se ha entablado pretensión alguna con el pueblo, ninguna sedición movido. Por tanto, los exhorta a defender el crédito y el honor de su general, bajo cuya conducta por nueve años han felicísimamente servido a la República, ganado muchísimas batallas, pacificado toda la

Galia y la Germania. Los soldados de la legión decimotercia, que se hallaban presentes (que a ésta llamó luego al principio de la revuelta, no habiéndose todavía juntado las otras), todos a una voz responden estar prontos a vengar las injurias de su general y de los tribunos del pueblo.

VIII. Asegurado de la voluntad de sus soldados, marcha con ellos a Rimini, y allí se encuentra con los tribunos que se acogían a él; llama las demás legiones de los cuarteles de invierno, y manda que le sigan. Aquí vino Lucio César el mozo, cuyo padre era legado de César. Éste, después de haber referido el asunto de su comisión, declara tener que comunicarle de parte de Pompeyo algunos encargos que le dio privadamente, y eran: «querer Pompeyo justificarse con César, para que no atribuyese a desaire de su persona lo que hacía por amor de la República; que siempre había preferido el bien común a las obligaciones particulares; que César igualmente por su propio honor y respeto a la República debía deponer su empeño y encono, sin ensañarse tanto con sus enemigos; no sea que, pensando hacerles daño, dañe más a la República». A este tono añade algunas cosas, excusando siempre a Pompeyo. Casi lo mismo y sobre las mismas especies le habla el pretor Roscio, como oídas al mismo Pompeyo.

IX. Aunque todo esto al parecer nada servía para sanear las injurias, no obstante, aprovechándose de la ocasión de sujetos abonados para participar por su medio a Pompeyo cuanto quisiese, pide a entrambos que, pues se han encargado de hablarle de parte de Pompeyo, no se nieguen a llevarle su respuesta, a trueque de poder a muy poca costa cortar grandes contiendas y librar de sobresaltos a toda Italia: «que siempre la dignidad de la República tuvo el primer lugar en su estimación, apreciándola más que su vida; lo

que había sentido era que sus enemigos, afrentosamente, le despojasen del beneficio del Pueblo Romano, y le hiciesen ir a Roma privado del gobierno de medio año contra su mandamiento que ordenaba se contase con él en su ausencia para el primer nombramiento de cónsules; con todo, por amor de la República había llevado con paciencia esta mengua de su honor; y habiendo escrito al Senado que todos dejasen las armas, ni aun eso se le concedió; por toda Italia se hacen levas; retiénense las dos legiones que le quitaron so color de hacer guerra a los partos; la ciudad está en armas. ¿A qué fin todo este aparato, si no es para su ruina? Como quiera, él se allanará a todo y pasará por todo por el bien de la República. Váyase Pompeyo a sus provincias; despidan los dos sus tropas; dejen todos en Italia las armas; librese la ciudad de temores; haya libertad en las Cortes, y tengan el Senado y Pueblo Romano a su mandar la República. Para que todo se cumpla más fácilmente y bajo condiciones seguras, se confirme con juramento: o bien venga Pompeyo más cerca, o déjele ir allá; que abocándose los dos, sin duda se compondrán las disensiones».

X. Aceptada la comisión, Roscio llegó a Capua con Lucio César, donde halló a los cónsules y a Pompeyo. Expone las demandas de César; ellos, consultado el negocio, dan la respuesta por escrito, remitiéndola por los mismos, contenida en estos términos: «Volviere César a la Galia; saliese de Rimini; despidiese las tropas. Si así lo hiciese, iría Pompeyo a España. Entre tanto, hasta recibir seguridad de que César estaría a lo prometido, los cónsules y Pompeyo no habían de interrumpir las levas».

XI. Era una sinrazón manifiesta pretender que César saliese de Rimini y volviere a su provincia, mientras él mismo retenía las provincias y legiones ajenas; querer que Cé-

sar licenciase sus tropas, y hacer él reclutas; prometer de ir a su gobierno, y no determinar plazo de la ida; de modo que pudiera muy bien Pompeyo mantenerse quieto en Italia, aun pasado el consulado de César, sin faltar a su palabra o sin incurrir la nota de pérfido. Sobre todo el no dar tiempo para las vistas, ni haberlas querido aceptar cerraba la puerta a toda esperanza de paz. Por tanto, destaca desde Rimini a Marco Antonio con cinco cohortes a la ciudad de Arezo; él se queda en Rimini con dos, y allí empezó a hacer levas. Guarnece a Pésaro, Fano y Ancona con cada cohorte.

XII. Informado en este intermedio cómo el pretor Termo tenía ocupado con cinco cohortes a Gubio y lo estaba fortificando, y cómo todos los ciudadanos estaban de su parte, despachóles a Curión con tres cohortes que tenía en Pésaro y Rimini. A la nueva de su venida Termo, mal satisfecho de la voluntad de los vecinos, saca de la ciudad las cohortes y retírase. Desampáranle los soldados en el camino y recógense a sus casas. Curión, con suma alegría de todos, es recibido en Gubio. Con estas noticias, César, satisfecho de la buena ley de los pueblos, saca de los presidios las cohortes de la legión decimotercia y pártese a Osimo, lugar fuerte, que defendía Accio con algunas cohortes de guarnición, y enviando senadores por los contornos hacía levas en toda la comarca.

XIII. Sabida la llegada de César, el ayuntamiento de Osimo se presenta en cuerpo a Accio Varo, y le intiman «que ni a ellos toca el decidir, ni los demás ciudadanos pueden sufrir que a César, capitán general por tantas hazañas y benemérito de la República se le cierren las puertas de la ciudad; por tanto, tenga cuenta con su reputación y el peligro que le amenaza». Movidó Accio Varo del razonamiento,

saca de la plaza la guarnición que había metido, y huye. Alcanzándole algunos soldados de las primeras filas de César, le obligan a detenerse; viniendo a las manos, desamparan a Varo los suyos, algunos de los cuales se retiran a sus casas, mientras los demás van a rendirse a César. Juntamente con éstos fue preso y presentado Lucio Pupio, centurión de la primera fila, en cuyo grado había servido antes en el ejército de Cneo Pompeyo. César, después de haber alabado a los soldados de Accio, da libertad a Pupio, y a los de Osimo las gracias, prometiéndoles tener presentes sus servicios.

XIV. Publicadas en Roma estas noticias, sobrevino de repente tal terror, que yendo el cónsul Lentulo a sacar dinero del erario, para dárselo de orden del Senado a Pompeyo, a la hora, dejando abiertas las arcas reservadas, escapó de la ciudad, porque corría una voz falsa, que César estaba en camino y su caballería a las puertas. Tras del cónsul fueron su compañero Marcelo y los demás magistrados. Cneo Pompeyo, partido de Roma el día antes, iba caminando a las legiones recibidas de César, alojadas de orden suya en cuarteles de invierno por la Pulla. Suspéndense las levas dentro de Roma. En ninguna parte hasta Capua se tienen por seguros. En Capua empiezan a respirar y a volver en sí del susto, y alistar gente de los colonos que por la ley Julia se habían allí establecido. A los gladiadores que César tenía en aquella ciudad adiestrándolos en la esgrima, sacándolos a la plaza, los da Lentulo por libres, y repartiéndoles caballos, mandóles que le siguiesen; bien que después, advertidos de los suyos que aquello parecía muy mal a todos, los distribuyó para guarda de la gente por las familias de la jurisdicción de Campania.

XV. César, pasando de Osimo adelante, corrió toda la Marca de Ancona, siendo recibido con los brazos abiertos por todas las regencias de aquellas partes, y su ejército abastecido de todo lo necesario. Aun de Cingoli, lugar fundado y edificado a expensas de Labieno, le vienen diputados, ofreciéndose a servirle afectuosísimamente en cuanto les mandare. Mándales dar soldados, y se los dan. En esto la legión duodécima se junta con César, y él ya con dos toma el camino de Ascoli, ciudad de la Marca. Defendíala Lentulo Espinter con diez cohortes; mas sabiendo la venida de César, desamparó la plaza, y queriendo llevar consigo por fuerza la guarnición, deserta gran parte de los soldados. Caminando ya con los pocos que habían quedado, encuéntrase con Vibulio Rufo, despachado por Pompeyo a la Marca de Ancona para mantenerla en su partido. Certificado Vibulio por éste del estado de las cosas en la Marca, entégase de los soldados y le despacha. Forma de paso en la comarca todas las compañías que puede de las levadas hechas por Pompeyo, entre las cuales recoge a seis de Ulcile Hirro que venían huyendo de Camerino, donde las tenía de guarnición. Con éstas completa trece, y con todas ellas a grandes jornadas llegó a unirse con Domicio Aenobarbo en Corfinio, dándole noticia de que César estaba cerca con dos legiones. Domicio por su parte había formado veinte cohortes de Alba, de los marsos, peliños, y de los países vecinos.

XVI. César, después de haber tomado Ascoli y echado a Lentulo, manda buscar los soldados desertores de éste y hace levadas, y deteniéndose un día para proveerse de víveres, va derecho a Corfinio. A su llegada cinco cohortes, destacadas de la plaza por Domicio, estaban derribando un puente distante de la ciudad cerca de tres millas; donde trabado un choque con los batidores de César, echados

prontamente del puente, se retiraron a la plaza. Pasó César las legiones y sentó los reales junto a la muralla.

XVII. Esto que vio Domicio, escribe a Pompeyo a la Pulla con unos prácticos del país a quienes hizo grandes ofertas, pidiéndole socorro con muchas instancias: «que sería fácil el cerrar a César entre los dos ejércitos cogidos los desfiladeros, y cortarle los víveres; que si no le acude, él con más de treinta cohortes y gran número de senadores y caballeros romanos estaría a pique de perderse». Entre tanto, animando a los suyos, arma las baterías en los muros, y a cada uno señala los puestos que han de guardar para la defensa de la plaza; ofrece públicamente a los soldados de sus heredades cuatro yardas de tierra por cabeza, con aumento a proporción de su grado a los centuriones y voluntarios.

XVIII. En esto tiene César aviso que los de Sulmona (ciudad distante de Corfinio siete millas) estaban a su devoción; pero que se oponían Quinto Lucrecio, senador, y Accio Felino, que con siete cohortes de guarnición defendían la plaza. Envía, pues, allá a Marco Antonio con cinco cohortes de la legión séptima. Los sulmonenses que avistaron nuestras banderas, abrieron las puertas, y todos a una, vecinos y soldados salieron con aclamaciones al encuentro de Antonio. Lucrecio y Accio se descolgaron del muro. Éste pidió a Antonio le dejase ir adonde estaba César. Antonio el mismo día de su partida da la vuelta con las cohortes y con Accio. César unió estas cohortes a su ejército, dejando que Accio se fuese libre. Los tres primeros días empleó en atrincherarse muy bien y en acarrear trigo de los lugares vecinos, ínterin llegaba el resto de sus tropas; y en estos mismos tres días se le juntaron la legión octava y veintidós cohortes de las nuevamente alistadas en la Galia, y al pie de trescientos caballos remitidos por el rey Norico; por su

llegada forma otro campo a la otra banda de la ciudad al mando de Curión. Los días siguientes emprendió el sitio formal de la plaza cercándola con una contravalación de torreones y cubos. Concluida la mayor parte de la obra, vuelven los enviados de Domicio a Pompeyo.

XIX. Domicio, leído la respuesta, disimulando su contenido en la junta, dice que Pompeyo vendría presto a socorrerles, y los exhorta a no caer de ánimo y a preparar lo necesario para la defensa de la plaza. Descúbrese con algunos confidentes suyos, y resuelve tomar el partido de la fuga. Como el semblante de Domicio no estaba acorde con sus palabras, y mostraba en todo más turbación y desaliento que los días antecedentes, conferenciando mucho en secreto con los suyos a fin de aconsejarse y huyendo de las juntas y concursos de la gente, ya no se pudo encubrir más ni disimular el intento. Fue el caso que Pompeyo había escrito «que él no se había de aventurar a perderlo todo, ni Domicio se había metido en Corfinio por consejo o voluntad suya. Por tanto, si hallase algún arbitrio, viniese a su campo con toda la gente». Lo cual no era factible a causa de la trinchera de César.

XX. Habiéndose divulgado el intento de Domicio, la guarnición se amotina a la hora de la siesta, y por boca de sus tribunos, centuriones y los sujetos de más cuenta de su clase se representaban unos a otros: «que César los tenía bloqueados; que las líneas y fortificaciones estaban para concluirse; que su capitán Domicio, por cuyas esperanzas y seguridades se habían mantenido, abandonándolo todo, trataba de huirse; qué ellos habían de mirar por sí». Los marsos al principio no consienten en esto, antes se apoderan de la parte del castillo que creían más fortificada; y llegó a tanto la disensión, que estaban para venir a las manos

y decidir con las armas el negocio. Sin embargo, poco después, por medio de interlocutores enviados de ambas partes, se informan de lo que ignoraban, esto es, los tratos de Domicio sobre la fuga. Con eso unánimes todos, sacando en público a Domicio, le cercan y ponen guardia, y envían aviso a César con algunos de los suyos diciendo, «estar prontos a recibirle y obedecerle y entregar vivo en sus manos a Lucio Domicio».

XXI. En razón de esto, César, aunque juzgaba ser de suma importancia el apoderarse cuanto antes de la plaza y trasladar la guarnición a su campo para que no hubiera alguna novedad en las voluntades o por dádivas, o cobrar ánimo, o por falsos rumores; pues muchas veces en la guerra de un instante a otro intervienen grandes revoluciones, con todo eso, recelando que con la introducción de la tropa y capa de la noche fuese la ciudad saqueada, recibe con agrado a los enviados, y los despacha encargándoles que guarden bien las puertas y los muros. Él, por su parte, distribuyó los soldados en la línea, no a trozos como solía otros días, sino poniendo guardias y centinelas seguidas de suerte que se alcanzasen unas a otras, ocupando toda la línea. A los tribunos y prefectos los mandó patrullar, con orden no sólo de impedir cualquiera salida, pero ni dejar salir furtivamente individuo alguno de la plaza. Y en verdad que ninguno hubo entre tantos tan flojo y perezoso que reposase un punto aquella noche. Tal era la suma expectación de todos, distraídos en varios pensamientos según la variedad de afectos, sobre cuál sería la suerte de los corfinienses, cuál la de Domicio, cuál la de Lentulo, cuál la de los otros; en fin, qué paradero tendría cada uno.

XXII. Cerca del amanecer Lentulo Espinter habla de la muralla a nuestras centinelas y guardia, diciendo, «quería,